

de Piamonte, el cual, preguntando por los medios para fundar la unidad italiana, respondió: *L' Italia farà da se*, frase que encerraba todo un programa. El *risorgimento* estaba, pues, en el ánimo de todos los partidos liberales, y aunque distaban tanto sus directores en la extensión que se le había de dar, y en los medios de llevarlo á cabo, todos convenían, sin embargo, en la necesidad de arrojar de Italia á los extranjeros, concluir con el absolutismo imperante y realizar grandes reformas en la administración y en el gobierno de Italia. Por tal modo se preparaba la redención de Italia; veamos lo que en tanto pasaba allende los Alpes.

La agitación producida en Alemania á fines de mil ochocientos treinta, aunque no de importancia para inspirar cuidado, fijó la atención de Austria y Prusia, que se aplicaron á dominarla, ora con medidas políticas de rigor, ora influyendo en las resoluciones de las Dietas generales y particulares. Ya el veintitrés de Noviembre del mismo año, la Dieta general acordó que, «cualquiera que fuese el Estado víctima de una sedición ó de un motín, se procedería á su represión inmediata con todas las fuerzas confederadas». Esta resolución, si restableció la tranquilidad material, no puso fin á la agitación moral, alimentada por los periódicos, los cuales fundaron la «Unión de la Prensa», con el fin de indemnizar á los periodistas atropellados y propagar la necesidad de sustituir el fraccionamiento de Alemania por un imperio basado en una constitución democrática. El público favor que la nueva Unión alcanzara, inspiró á sus directores la idea de celebrar en el castillo de Hambach, el veintisiete de Mayo de mil ochocientos treinta y dos, la fiesta del Mayo alemán, á la que asistieron multitud de alemanes y buen número de polacos y franceses. Se dió cuenta de las adhesiones recibidas; pronunciáronse discursos y brindis á la patria, á la soberanía del pueblo, á los Estados unidos de Alemania, á Europa republicana, y se enarboló sobre la más alta torre del castillo una bandera negra, roja y oro, la bandera de la *Burschenschaft*, símbolo de Alemania unida. Esta fiesta sirvió de pretexto á Metternich para hacer votar á la Dieta una serie de medidas contra la prensa, la declaración de que se consideraría nulo y como no presentado todo proyecto de constitución que pudiera atentar al principio monárquico, el compromiso de ayudar con las armas á todo Estado cuyos súbditos rehusaran pagar los impuestos, la prohibición de sociedades y reuniones políticas y del uso de escarapelas é insignias. Frente al peligro radical, los particularistas se echaron en brazos del ministro austriaco, que llegó ahora á la cúspide de su poder en Alemania. En Wurtemberg, Hesse y Nassau, los periódicos liberales fueron suprimidos, destituidos muchos profesores y disueltas las Cámaras que no se prestaron á secundar la política reaccionaria.

A esta feroz persecución, el partido liberal, unánime en sus propósitos, se dividió en punto al procedimiento, manteniéndose los moderados en los límites de la oposición legal y decidiéndose resueltamente los radicales, cuyo principal núcleo formaban los es-

tudiantes y la oficialidad del ejército, por la revolución. Uno de estos grupos, más entusiasta que experto, intentó apoderarse de Francfort el tres de Abril de mil ochocientos treinta y tres, al grito de ¡Viva la libertad!: pueril tentativa, que sólo sirvió para que Metternich hiciera votar á la Dieta el nombramiento de una comisión central, encargada de escudriñar los manejos revolucionarios, y persuadiera al ministro de Prusia, Arcillon, á que hiciese aprobar un código de leyes represivas y preventivas. La situación volvió á ser casi la de mil ochocientos veinticuatro. Ministros arrogantes, Blittersdorf en Carlsruhe y Abel en Munich, se creaban mayorías serviles; la comisión investigadora empleaba en sus pesquisas á mil ochocientos personas, y condenaba en dos años á doscientos cuatro estudiantes; miles de sospechosos huían á Suiza ó á Francia, y en todas partes reinaban el desaliento y el terror. Mas no todo se perdió. Las nuevas constituciones, aunque mutiladas, subsistían; los pocos liberales que lograban asiento en las asambleas mantenían vivo el espíritu liberal, y no faltaban príncipes que reconociesen la necesidad de reformar la organización política y social de sus pueblos. Al mismo tiempo, nuevos Estados ingresaban en el *Zollverein* prusiano, á cuya sombra se desarrollaba el sentimiento de solidaridad. A él se adhirió, en mil ochocientos treinta y uno, el elector de Hesse, y luego, los soberanos de Baviera y Wurtemberg, en mil ochocientos treinta y tres; Sajonia y los Estados de Thuringia, en mil ochocientos treinta y cuatro; Baden, Nassau y Francfort, en mil ochocientos treinta y seis, con lo que, veinticinco millones de alemanes halláronse desde ahora unidos por comunes intereses, bajo la hegemonía de Prusia. Los resultados materiales de esta unión aduanera superaron las esperanzas de los más optimistas, y no fueron de menor importancia las consecuencias morales. En comunicación cada día más íntima las varias regiones, disipáronse los prejuicios, creóse una opinión pública y una misma corriente de deseos y afectos movió las almas, de los Alpes al Báltico y de Carlsruhe á Koenisberg. Así se explica que conmoviera á todo el país el golpe de Estado del rey de Hanóver, suprimiendo en mil ochocientos treinta y cinco la constitución. El acto, sin embargo, no tenía importancia, y de seguro habría pasado inadvertido á no haberle seguido el brutal extrañamiento de siete profesores de la universidad de Gottinga, por no haber querido jurar la nueva constitución, entre los que figuraban el ardoroso Dahlmann, el historiador Gervinus y los hermanos Grimm. De todas partes les llegaron á los despojados testimonios de adhesión, y en un cerrar de ojos se llenaron de nombres respetables listas de suscripción abiertas á su favor. La Dieta, Prusia y Austria sostuvieron al rey de Hanóver, mas no sin embarazo ante los nuevos adversarios que encontraban, importantes y muy conservadores todos, que la torpeza de un monarca lanzaba al campo de la oposición.

Contribuían á la civilizadora obra del *Zollverein* otros dos hechos, no menos eficaces: la *Joven Alemania* y la lucha religiosa.

El mismo afán de combate, la misma necesidad de redención que en la política, muéstrase en la vida del espíritu, que forcejea por desencadenarse de los ensueños místicos y entrar en comunicación franca y libre con la realidad. En todas las obras de la actividad psíquica, en la literatura, en el arte, en la ciencia, prevalecen el gusto de lo real, el sentido de la observación, la independencia del pensamiento; y la actividad desplegada es tan intensa y compleja, que en todas direcciones se efectúan prodigiosas conquistas. En música, el compositor de la época es Meyerbeer, con sus grandes dotes de claridad, orden y colorido; en pintura, el triunfo está reservado á los cuadros de historia, de costumbres y de paisajes, que expresan con delicadeza la vida de los sencillos y humildes; en ciencias, se aclaran los métodos, fúndanse seminarios y empieza la vasta investigación histórica, una de las glorias de la Alemania contemporánea. En esta especie de delirio del pensamiento, todo parece posible y lícito, todo se investiga y todo se importa, hasta las extremas teorías sansimonianas, el cosmopolitismo, la abolición del matrimonio y la emancipación de la carne. De este movimiento surgió la «Joven Alemania», sociedad de literatos, liberal, demócrata, republicana en algunas localidades, enemiga de fanatismos y de preocupaciones, resueltamente opuesta á la tradición, fustigadora de los poderosos y de los gobernantes, á quienes presentaba como tiranos y sanguijuelas del pueblo. Parecióle á la Dieta ver en algunas de aquellas manifestaciones gérmenes de futuros males, y el diez de Diciembre de mil ochocientos treinta y cinco, prohibió la publicación de las obras de Borne y Heine y de los cinco escritores Mundt, Wienbarg, Kühne, Laube y Gutzkow, lo que bastó para que los escritos de los cinco últimos, vulgares y de escaso mérito, adquirieran general importancia y fueran leídos con afán en todas partes. También ganó con ello la «Joven Alemania», en la que se afiliaron, amén de los estudiantes y oficiales jóvenes, todos los espíritus generosos, deseosos de acabar con las trabas medioevales que detenían la corriente de la vida.

No menos candentes que las cuestiones políticas, eran las querellas religiosas. Bajo la influencia de los papas y de los jesuitas, el catolicismo comenzó á transformarse desde mil ochocientos quince. Frente al antiguo clero alemán, pacífico, tolerante y con su tilde de racionalista, algunos escritores románticos y no pocos fanáticos comenzaron á organizar un partido ultramontano, que contó pronto numerosos partidarios en Baviera, Westfalia y Prusia rhenana. Trabóse la lucha sobre la cuestión de los matrimonios mixtos, cuyos hijos debían educarse, conforme á la ley prusiana, en la religión del padre, no habiendo dispuesto otra cosa los contrayentes al casarse, y como era más frecuente el matrimonio de protestante con católica que de católico con protestante, los obispos pidieron instrucciones á Roma, y el Papa, en Breve de veinticinco de Marzo de mil ochocientos treinta, ordenó que no se autorizara la bendición nupcial sino á condición de comprometerse los cónyuges á educar á todos sus hijos en la fe católica. Sin embargo, el gobierno prusiano

consiguió de los obispos que la mayor parte de los matrimonios mixtos se bendijeran sin la estipulación previa. A la promesa de respetar este convenio que hiciera el obispo de Vischering, Clemente Droste, al ser elevado en mil ochocientos treinta y seis á la sede arzobispal de Colonia, faltó no bien se halló en posesión de su nueva dignidad, ordenando al clero que se atuviera estrictamente al Breve pontificio. Las sugerencias del confesorario, junto á los trabajos de evangelización sobrado ruidosos que Droste emprendiera, pusieron al gobierno en el trance de recordarle su promesa y amenazarle con destituirle. No se corrigió el arzobispo, y entonces se le arrestó y condujo á la fortaleza de Misidea, «por haber faltado á su palabra, violado las leyes y sobreexcitado los espíritus, bajo la influencia de los partidos revolucionarios». La Santa Sede reclamó la libertad y reposición del mártir, como condición previa de toda negociación; la opinión pública se dividió, y mientras los católicos, hablando de la opresión del clero, pedían la independencia de la Iglesia, los protestantes consideraban el caso como resultado de la lucha de la libertad alemana contra la dominación de Roma. Al lado de Droste se puso Dunin, arzobispo de Posse, que también fué arrestado en la fortaleza de Calverg el siete de Junio de mil ochocientos cuarenta.

Subió en esto al trono Federico Guillermo IV, quien, consagrandole toda su atención á apagar este incendio, puso en libertad á Dunin; autorizó á los obispos á tratar directamente con Roma; declaró inocente de todo intento revolucionario á Droste, y le sacó de la prisión, después de haber convenido con la Santa Sede y con el mismo arzobispo, que renunciaría por motivos de salud á regresar á Colonia. Esta victoria alentó al clero católico, que se dió en todos los Estados á la obra de propaganda. En Baviera creció considerablemente el número de conventos, y no menos el fausto de las procesiones y demás actos del culto público. Convencido de su fuerza, organizó, de Agosto á Octubre de mil ochocientos cuarenta y cuatro, una peregrinación á Tréveris, donde se venera la santa túnica inconsútil, á la que concurrieron más de un millón de personas. Perturbó el acto una carta del sacerdote Juan Rouje «contra la festividad de los ídolos de Tréveris». Apoyada en folletos, en que se pedía la fundación de una iglesia católica alemana, Rouje logró formar una comunidad religiosa independiente de Roma y de la jurisdicción episcopal, á ejemplo del joven vicario Juan Czarski, que, deseando casarse con una joven polaca, se emancipó de la iglesia y, sin renunciar al sacerdocio, creó una comunidad católica apostólica cristiana. El ejemplo de Rouje tuvo muchos imitadores, conformes todos en erigir una confesión de fe sencilla y admitir la libre interpretación de la Biblia. Hasta quince de estas comunidades estuvieron representadas en la especie de concilio celebrado en Leipzig, el año de mil ochocientos cuarenta y cinco. El credo que en esta asamblea se acordó no contenía, fuera de la supresión de la jerarquía papal y de la libre interpretación de la Biblia, nada fundamentalmente opuesto al símbolo apostólico.

Estas manifestaciones dieron origen á discusiones acaloradas, que ya antes encontraron alimento en la crítica inexorable de Strauss, mientras que, por otra parte, se desataron persecuciones contra los disidentes, á quienes llegó á negárseles sepultura honrosa. En las Dietas se levantaron voces en favor de unos y de otros; los protestantes ofrecieron á la nueva iglesia el libre uso de sus templos, siendo por todo esto lamentable el estado de confusión y trastorno de las conciencias. A agravar todavía esta situación vino Federico Guillermo IV, quien, deseando unir en una iglesia común á luteranos y calvinistas, redactó y publicó un nuevo ritual, que deberían aceptar los protestantes de las diversas confesiones.—En este punto dejamos á Alemania y pasamos á España.

Las aventuras políticas á que se lanzaron los emigrados españoles tuvieron también un desenlace desastroso. Residían estos emigrados en Francia, Suiza, Bélgica é Inglaterra, y hubo quien los clasificó en aristócratas, mineros, republicanos y comuneros, individuos estos últimos de la sociedad secreta del mismo nombre, genuinamente española, que, con la masonería y el carbonarismo, constituía tres grandes centros de conspiración. En los cuatro grupos figuraban casi todas las eminencias patrias, así en las armas como en las letras y en la política. ¡Lástima que tan nobles patriotas se hallaran divididos en fracciones y fraccioncillas! Esto no obstante, formóse, con el título de «Directorio provisional», una comisión ejecutora, compuesta de los señores Calatrava, Istúriz, Vedillos, Sancho, Valdés, que se negó á aceptar, y Álvarez Mendizábal, la cual se estableció en Bayona, pocos días después de haberse trasladado á Gibraltar la constituida en Londres, que fué la que preparó la expedición de los hermanos Bazán á Alicante, deshecha y terriblemente castigada por Fernando VII. Provisto de algunos fondos proporcionados por el banquero Ardoin, que alguien aseguró, si bien inexactamente, que procedían del bolsillo particular de Luis Felipe, y en relaciones con los liberales de España, el Directorio resolvió que traspusieran la frontera al frente de un grupo de emigrados, á los que había de unirse buen golpe de voluntarios franceses, el general Espoz y Mina, por Navarra; Gurrea y Plasencia, por Aragón; Valdés y Chapalangarra, por las Vascongadas, y Milans del Bosch, por Cataluña. Ignoraban aquellos patriotas que la policía de Calomarde había puesto á Fernando VII en autos de cuanto se tramaba, y que este monarca se preparaba á recibirlos enviando, como primera providencia, órdenes secretas condenando á muerte á ellos y á cuantos les prestaran auxilio.

Lleno de ardor, Chapalangarra penetró en Navarra por Valcarlos, y confiado en atraer á su causa á los realistas, mandados por Eraso, se adelantó á dirigirles patriótica arenga, contestándole aquéllos con una descarga, de que cayó mortalmente herido. La noticia de esta desgracia no detuvo á Valdés, que, el trece de Octubre de mil ochocientos treinta, salvó la frontera por el pueblo de Urdax, al frente de cien hombres, siguiéndole, por las montañas de Vera, Mina, acompañado de algunos militares importantes; pero el

odio de los habitantes de aquel país á todo lo que oliera á liberal les obligó á meterse de nuevo en Francia, deshechos y desmoralizados. No tuvieron mejor fortuna Plasencia y Gunea, que entraron en Aragón con cuatrocientos hombres; ni Méndez Vigo, que también operó en esta comarca; ni Miranda, San Miguel, Chacón, Grases y Miláns, que por la Junquera se corrieron á Cataluña. En Orense, don Antonio Rodríguez, apodado Bordas, no pudiendo soportar la dominación del cruel Eguía, capitán general de Galicia, levantó una partida, de la que solamente él y cuatro de los suyos salieron con vida. Estos fracasos no desanimaron á los emigrados. Tres meses después, veintinueve de Enero de mil ochocientos treinta y uno, el general Torrijos desembarcó cerca de Algeciras, siendo rechazado por los realistas. Al mes siguiente, algunos patriotas de los Barrios proclamaban la Constitución, en combinación con el ex ministro don Salvador Manzanares, que, confiando en un levantamiento de los gaditanos, desembarcó cerca de San Fernando, donde el batallón de marina, allí de guarnición, se insurreccionó. Vencido el movimiento, el general Quesada intercedió, y si logró salvar la vida á sus subordinados, más de doscientos paisanos fueron fusilados ó ahorcados. Varios de los oficiales del batallón de marina, que hallaron refugio en Tánger, hicieron gala de convertirse al mahometismo, por considerar preferible ser moros á servir á las órdenes de Fernando VII.

Arreciaron con este motivo las persecuciones. Por indicios ó por simples delaciones de la policía, perecieron en el cadalso Juan de la Torre, el librero Miyar, Bringas, Torrecilla, doña Mariana Pineda, don Tomás de la Chica y don Pablo Palacios. El olor de la sangre llegó á transformar en chacales á hombres como el general don Vicente González Moreno, quien, deshonrando su uniforme, urdió una celada al bravo general Torrijos, á quien, como á los cincuenta y dos que le siguieron, prendió á mansalva y fusiló inicua y cruelmente. González Moreno, Eguía, el conde de España, Eraso y Calomarde son tipos de fanática crueldad.

La intentona de Octubre de mil ochocientos treinta, aunque no preparada de acuerdo con Luis Felipe, es evidente que él y sus ministros la conocieron desde su origen y la patrocinaron; mas ahora, viéndola fracasada, volvieron la espalda á los emigrados, que mandaron internar y socorrer diariamente, con treinta céntimos y una ración de pan á cada soldado, dos francos á cada oficial; y gracias que no se aprobó un proyecto del mariscal Soult, por el que se les obligaba á afiliarse en un cuerpo de extranjeros destinado á hacer la guerra en Argelia. Luis Felipe, además, dió las más amplias y cariñosas satisfacciones á Fernando VII.